

Amnistía y despotismo democrático

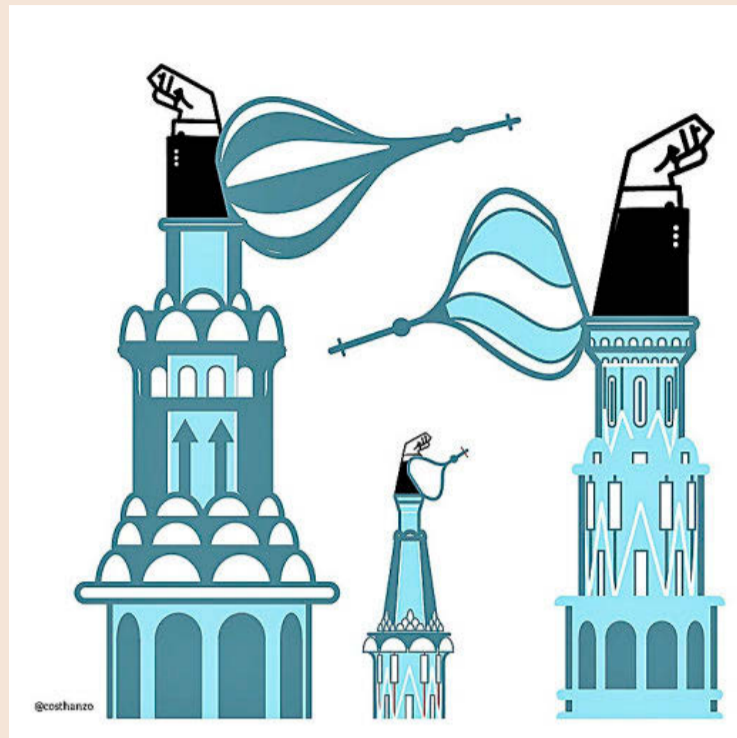
Luis Meana

Resumió un ciudadano ruso: Navalny entregó su vida por Rusia, Putin no pierde ocasión de dañarla en su propio provecho. *Mutatis mutandis*, España aprobó una amnistía supuestamente por la “reconciliación”; en realidad, puso en venta la democracia para mantener en el poder a quien lo ostenta (verbo nunca mejor dicho). En frase clásica, el necio cede y llama felicidad a su debilidad. O expresado con una famosa fórmula política, es ley suprema de la gobernación la salvación del pueblo, no la de quien manda. Más de media España lleva meses preguntándose, con desasosiego, cómo ha sido posible llegar a esta infamia: comprar el poder con ley/moneda falsa. La contestación es bastante sencilla: por culpa de los gobernantes (atrabilarios, ineptos, indecentes o insolventes), por culpa de los gobernados (por dar por asentada definitivamente la democracia; por nuestro estúpido sentimiento de inferioridad democrática frente al nacionalismo; por haber consentido que se nos arrebatase la condición de ciudadanos para reducirnos a lacayos con voto); y por culpa de las abundantes deficiencias estructurales del sistema, como un Parlamento-simulacro.

Enseña la Historia que, tras esas septicemias, aparece siempre el “curandero milagroso” que asegura poder convertir las piedras en pan. O sea, *l’homme fatal*. Advirtió Aristóteles que “cuando los poderosos cometen injusticias no son propensos a las pequeñeces, sino a los grandes daños”. A la vista está. Explica Bodino cómo se llega a este siniestro: primero el siervo pide libertad, después ser ciudadano, luego ser magistrado, más tarde monarca, y, por fin, quiere ser Dios. Es el frenesí del poder. Tocqueville pinta el mismo cuadro

con distintos colores: asegura haber visto a multitud de hombres dañar al país con tal de auparse a sí mismos, pero sólo a uno [Lamartine] dispuesto a poner el mundo patas arriba en su provecho; no hubo espíritu menos sincero, ni con mayor desprecio a la Verdad, a la que ignoraba totalmente, ni nadie que al hablar/escribir se preocupara sólo del efecto que le convenía en ese momento. Es fácil adivinar, en nuestro caso, a quién le encaja esa descripción como anillo al dedo. Lo malo no es que quienes gobiernan nos mientan continua y descaradamente. Peor: han convertido la falsedad en primer principio operativo, eje axial de su política (propriamente, “teología política”). Aberración que hace imposible cualquier acción razonable de gobierno porque la Verdad “es principio de todos los bienes para dioses y mortales”. Por tanto, no puede ser sustituida por la mentira, el engaño o el fraude. Ningún sistema puede sostenerse sobre adulteración tan grave y zafia. La aniquilación de la Verdad sólo trae males. Como se está viendo.

Claro que esa hybris/desmesura del que manda no nos exculpa de nuestras dejaciones. Explicó el historiador norteamericano Holborn, a propósito de la República de Weimar, que la prueba de fuego de una Constitución es que le ocurra lo que no puede suceder: el intento de abolirla. Dado que estamos ante esa prueba de fuego, debemos demostrar merecer el nombre de demócratas. Sin que podamos exculparnos con las trampas, intrigas o maquinaciones con las que tratan de enredarnos. Según San Agustín, el mundo es una almazara que nos exprime: si eres alpachín (residuo), te vas por el desagüe; si eres puro aceite, permaneces. Alcibiades, caudillo griego, tenía un perro precioso al que le cortó el rabo. Cuando le preguntaron por



qué, lo justificó así: “para que los atenienses hablen de esto y no se ocupen de ninguna otra cosa”. Dejémoslos, pues, de rifirrafes sobre rabos.

Asalto de las instituciones

Para entender lo que está ocurriendo podemos acudir al mencionado Tocqueville, quien, hace siglos, anunció/profetizó lo que estamos viendo: la democracia despótica. Distinta a los despotismos tradicionales de raíz soldadesca. Se sabe, desde Grecia, que las democracias derivan fácilmente en despotismo. Se sabe también que mueren más por agresiones internas que externas: por invasión/asalto de las instituciones. “Es de su propio interior de donde saldrán sus corruptores y sus amos”. Y añade: “el despotismo me parece particularmente de temer en las épocas democráticas”. Así es. Ojalá nuestros descendientes no tengan que acusarnos de haber consentido con nuestra pasividad/silencio una rendición vergonzosa.

Este nuevo despotismo ya no es “tiránico”: no arrebató radicalmente derechos, ni reprime violentamente a los ciudadanos, les ofrece una servidumbre “amable”. Llena de festividades, espectáculos, bellos propósitos y voluptuosidades. De esa forma, pasan de no aguantar nada a tolerar-

lo todo. Contentos de ver cumplidos deseos contrapuestos: ser libres y tener un amo que los guía. Nuevo Prometeo que asegura arrebatará el fuego a los secesionistas para recuperar la convivencia de los españoles. Sabe de sobra el despota, mutado de zorro (moción de censura) a erizo (amnistía), que la gente prefiere que le quiten sus derechos a que les arrebaten sus comodidades. Así, pisotea sin escrúpulo las leyes o los principios más sagrados. “Acocea leyes”, según Bodino. O sea, la amnistía: coacción jurídica que el *demos* tolera por ese “aura” que envuelve casi sacramentalmente al amo: haber sido elegido. Aflora por ahí ese rasgo paradójico de las democracias: el poder casi absoluto del número. El “somos más” que lo legitima todo. Aunque el número no puede legitimar monstruosidades. Tampoco puede hacerlo ese otro sofisma tan de moda: “es de los nuestros”. O sea, todo vale si el despota es “nuestro”. Desigualdad y privilegio se “legitimaban” antes con la alcurnia/cuna, ahora lo hacen con la identidad/pertenencia (sea etnia, ideología o credo). Tras luchar durante siglos contra la desigualdad, “resucita” ahora bendecida por vericuetos reaccionarios propios de autocracias medievales.

Para Tocqueville sólo hay dos formas de frenar ese despotismo democrático. Primera, la libertad de prensa. Más valiosa en las democracias que en cualquier otra forma de go-

bierno. En las aristocracias, dice, se puede prescindir de la prensa; en las democracias, no. La prensa –si es independiente y libre– impide la servidumbre. “Es el instrumento democrático de la libertad”. Sirve al progreso de la igualdad y suaviza los males que puedan derivarse de ella. El otro freno imprescindible son los tribunales. “Cuanto más débiles son los ciudadanos particulares, más fuertes tienen que ser los tribunales”. Ellos defienden los derechos y la libertad de las personas. Quien viola la Justicia corrompe el sistema. “Si un recipiente no está limpio, lo que se vierte dentro se estropea” (Horacio).

Evidentemente, esta amnistía esperpéntica nos entrega a viejas bestias: impunidad, chantaje, arbitrariedad, la fuerza. Y nos arroja a los infiernos: aniquila la Constitución; borra la Transición; destruye la división de poderes; escupe sobre el cadáver de la Justicia al igualarla con el capricho/arbitrariedad del despota (está dicho: la exhibición del vicio hiere más que el vicio mismo). En resumen, la amnistía proclama Majestad Suprema a la Sinrazón. Contradiciendo ese republicanismo del que el progresismo tanto presume. Recuerda Kant que, al final, no hay más que dos tipos de gobierno: republicano o despótico. El republicano (sea Monarquía o Democracia) consiste en gobernar según la ley. El tiránico/despótico en hacerlo fuera de la ley. Está claro cuál es el nuestro.

Pero no sólo estamos ante un despotismo nuevo, estamos ante un renovado “espíritu revolucionario”, lanzado a la vieja compulsión de acabar con la democracia representativa para entregarse a una ensoñación apoyada en “el fin justifica los medios”. Revolución/Mutación por la puerta de atrás sin mayor legitimación que el fofo optimismo de una generación adanista que se siente capacitada para crear *ex novo* el mundo. Puerilidad que todos sabemos cómo acaba. Avisa Montaigne que, en estos trances, no conviene olvidar a un actor indispensable de la historia: la Fortuna. Que suele tener mejor juicio que nosotros. Y ser más justa. Artista primorosa, dice, que corrige con frecuencia nuestras decisiones y a veces logra milagros. Como que salga del poder por una carambola quien llegó por otra. Arabesco al que apuntan algunos augurios.

Escritor

Expansión

DIRECTORA ANA I. PEREDA

DIRECTORES ADJUNTOS: Manuel del Pozo, Iñaki Garay

Subdirector: Pedro Blurrún. Desarrollo digital: Amparo Polo. Corresponsal económico: Roberto Casado. Redactores jefes: Mayte A. Ayuso, Juan José Garrido, Tino Fernández, Javier Montalvo, Emelia Viana, Clara Ruiz de Gauna, Estela S. Mazo, José Orihuel (Cataluña) y Miguel Ángel Patiño

Empresas Víctor M. Osorio / Finanzas/Mercados Laura García / Economía Juan José Marcos / Opinión Ricardo T. Lucas / Directivos Nerea Serrano Nueva York Sergio Saiz / Londres Artur Zanón / Comunidad Valenciana Julia Brines / Diseño César Galera / Edición Elena Secanella



EDITORIA

Unidad Editorial Información Económica, S.L.U.
Avenida de San Luis, 25 (28033 Madrid)
Teléfono de contacto: 91 443 50 00

ADMINISTRADORES

Marco Pompignoli
Laura Múgica

COMERCIALIZACIÓN DE PUBLICIDAD
Unidad Editorial, S.A.

DIRECTOR GENERAL DE PUBLICIDAD
Sergio Cobos